

El hilo rojo por Pedro Real Urbano.

En el fondo de la caja de costura de mi abuela, había un dedal de plata, no era una joya era un ganador de mil batallas, se enfrentó contra telas gruesas y miles de agujas rebeldes.

A mi abuela, el alzheimer, le quitó sus mañanas y sus más preciados recuerdos. No recordaba quién era yo, ni cómo me llamaba.

Un día mi abuela estaba frente a la ventana, parecía buscar algo que era incapaz de nombrar.

—Mira abuela —le dije mientras dejaba la caja de costura en sus piernas. Su mente podría estar afectada pero sus manos parecían tener mente propia.

Se colocó el dedal en el dedo corazón y afirmó:

—El hilo rojo, gasta el hilo rojo —dijo. Le ayudé a encontrar el hilo rojo. Mientras cosía algo que no parecía tener sentido que contándome relatos antiguos, como el primer beso con mi abuelo bajo un paraguas roto, o el miedo que sentía al verme caminar por primera vez, parecía como si el alzheimer hubiera desaparecido. Le pregunté qué estaba cosiendo.

—Estoy zurciendo tus recuerdos, para cuando yo no esté que todavía te quede algo de mí en mi ausencia.

Cuando terminó de coser me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Quién es usted, joven?

Me dolió, pero no lloré, asumí que era lo que tenía el alzheimer. Le dije que venía a por una costura que le encargué, cogí la costura y antes de marcharme, me dijo:

—Es usted muy guapo —y me sonrió.

—Es porque tengo a la abuela más guapa de todos los tiempos—

Se me saltó una lágrima y salí de su casa.

Hasta el día de hoy sigo teniendo su costura es lo único que me recuerda a ella ahora que ya no está conmigo.